



Javier Ruiz Portella

Margherita Sarfatti

Amante judía de Mussolini
Musa del primer fascismo

Prólogo de Hughes



Javier Ruiz Portella

MARGHERITA SARFATTI

Amante judía de Mussolini

Musa del primer fascismo

Prólogo de Hughes



Primera edición: noviembre de 2024

ISBN: 978-84-128739-0-0

Depósito Legal: M-23285-2024

© Manifiesto contra la muerte del espíritu, 2024

© Javier Ruiz Portella, 2024

© Por el prólogo, Hughes, 2024

Diseño de la portada: Iván Engel

Ediciones El Manifiesto

C/ Hilarión Eslava, 30 - 28015 Madrid

info@elmanifiesto.com

<https://elmanifiesto.com>

Impreso en España por Podiprint, S. L.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
ADVERTENCIA AL LECTOR	15
I. DE VENECIA A MILÁN	19
II. EN MILÁN PENSANDO EN ROMA	65
III. EN MARCHA HACIA ROMA	113
IV. EN ROMA, EN LA URBE	153
IL NOVECENTO ITALIANO (imágenes)	227
V. SE TAMBALEA ROMA	235
VI. LEJOS DE ROMA	275
VII. VUELTA A ROMA	301
CRONOLOGÍA	313
BIBLIOGRAFÍA	325
NOTAS BIBLIOGRÁFICAS	329

PRÓLOGO

Más que una musa

El reciente auge del feminismo ha deparado el rescate, no pocas veces subvencionado, de mujeres eminentes y no tan eminentes que la historia decidió olvidar. Una arqueología de lo femenino que no alcanzará a Margherita Sarfatti, por razones obvias, y que viene a remediar en España este libro de Javier Ruiz Portella.

Quien haya leído al autor, inquieto corresponsal español de la *Nouvelle Droite*, entre otras cosas, y habitual en las solitarias garitas del disidir, encontrará en el libro una reminiscencia, el recuerdo de algo que le atañe y que toma la forma de la afinidad.

En la encrucijada de la política y el arte, Sarfatti invierte los términos habituales de la relación: la política ha de dirigirse a la belleza, que no es simplemente lo bueno, ni lo útil, ni lo verdadero sino antena a lo divino, tanteo hacia otro orden. Esto satisfaría una necesidad humana primaria que tras la nietzscheana muerte de Dios ha quedado olvidada: lo sagrado. No sólo pan, pues, daría su ideal fascismo *artecrático*, sino belleza; pan y belleza. Sentido. Inquietud que aparece alguna vez en las reflexiones del autor, una de las pocas personas en España que hablando de política se acuerda aún de la belleza.

La novelización de lo biográfico que bellamente escribe Ruiz Portella permite entrelazar, como si se tratara del guion de una película, la relación sentimental de Sarfatti y Mussolini con la evolución del régimen fascista. Margherita, moldeadora, musa pigmaliónica, biógrafa, *speechwriter* y publicista

del Duce es quien antes observa el inicio del desmoronamiento, la *hybris* desatarse... La traición entre los dos, si de traición cabe hablar con los apetitos de Mussolini, es antes que nada una traición a los principios compartidos. Ella acabará siendo, como otros tantos judíos italianos, víctima de las leyes raciales.

Así, dirán de Sarfatti, ayudó a crear la bestia que luego sufrió y ese lado de víctima suyo, el único que puede traerla a lo contemporáneo, permanecerá en el silencio y en el misterio porque lo que pudo decir no lo dijo, y no hay rastro de las más de mil cartas que Mussolini le escribió. Dejó, pese a todo, textos suficientes como testimonio. Nadie mejor que una mujer para observar, desde una distancia distinta, la degeneración de un hombre.



Sucede algo curioso con este libro. La Sarfatti es un vehículo único para entender esos años italianos y a Mussolini, pero con la lectura sobreviene la impresión de que la interesante es ella. Preferiríamos conocer del todo su visión del mundo y de la vida, como una Madame de Staël en el período de la técnica, profundizar en su condición de pionera en la crítica del arte, de mujer en un mundo de tan fanático machismo, pero siendo poeta, muñidora, embajadora informal, biógrafa, forjadora del mito y escritora —al parecer, también en nuestra lengua—, Sarfatti queda como musa de Mussolini, aunque una musa autora, creadora, influyente hasta donde pudo ser influida una naturaleza como aquélla.

La lectura del libro deja zumbando en la mente la curiosidad por la mente de Sarfatti. Querríamos conocer más sobre su pasión discordante y tercerista por el *clasicismo moderno*, el retorno al orden de las vanguardias, su rechazo, a

la vez, del neorrealismo cinematográfico y de la abstracción desenfrenada; las razones de su germanofobia o su visión de la democracia americana.

Una inteligencia como la suya tuvo que conocer, con exactitud, «cuándo se jodió el Perú» y tuvo que extraer conclusiones políticas sobre la necesidad de la libertad, el lugar de las élites o los límites psicopáticos del poder... La inteligencia política y sensitiva de Sarfatti aprendió en su carne la naturaleza del poderoso y el efecto del poder en el organismo, la voluntad, la sexualidad, el espíritu... ¿No vio nacer ella la patocracia? También, por su propia experiencia, el lugar que el intelectual o el filósofo (a su modo lo fue) ha de tener en la política.

¡Hay tanto en Sarfatti que se fue con su silencio!

Lo que nos queda, arte aparte, son sus artículos argentinos y su libro sobre Estados Unidos, un libro interesantísimo que debería traducirse y en el que se intuye una innegable actualidad. Se pregunta por el futuro de Occidente en esa sociedad del *melting-pot*. Lo hace en unos términos, además, que algunos encontrarían seductores... Sarfatti podría ser *neomusa*, pero eso sería, casi con toda seguridad, sacarla un poco de quicio y contexto, así que no demos ideas... Ella es tan inteligente que en Estados Unidos lo que ve es pasado, entiende que el país conserva aun vivas las tradiciones y raíces de los europeos que llegaron; tan clara es su mirada que percibe bien las diferencias entre la América protestante y la hispánica. ¡Qué mujer extraordinaria!

&

Amante instantánea del jazz, se deja contagiar por esa música y valora lo unitivo de ella, su «exaltación unánime». ¿Qué, si no una unidad, una unidad remediadora, espiritual y

elevadora, buscaba su fascismo culturizante? ¡Nada que ver con la unidad del puño tiránico!

Al acabar el libro, todo nuestro interés está en ella, en lo que fue, lo que pudo ser y lo que ahora sería. Su misterio aumenta y, muy al contrario, sentimos una pereza inmensa por Mussolini y su degenerada megalomanía. ¿Nunca la vio ella, no sintió la frialdad monstruosa (ella diría «germánica»)?

Sarfatti es Fiume, no Saló; es la indagación primera en el equilibrio entre espíritu y materialismo; es mucho más y entre tantas cosas... ¿no fue, por su influencia, una de las mujeres más importantes en la política de ese tiempo?

Cuando rompe con Mussolini, el final parece escrito, como en las películas de boxeo cuando el campeón olvida sus orígenes. En un sistema político donde los pocos, muy pocos o uno solo, el tirano, han de regir la masa, ¿cómo prescindir de su consejo o su influencia? ¿Quién si no ella, con su instinto, puede descubrir en los salones la grandeza, la inteligencia, el talento o las potencias de la personalidad? Los expertos y estudiosos casi podrían extraer de aquí una ley política: si han de mandar las élites, su renovación no conflictiva necesita de quien pueda localizarlas, intuir las. Ese componente intelectual, platónico y sensual, quizás naturalmente femenino, parece un elemento *paretiano* más. Eso es ella, ¡hembra y dispositivo paretiano!

El fascismo de Sarfatti se quería «aristocracia democrática», pero el fascismo *realmente existente* se olvidó de la democracia y por supuesto de los aristocráticos. «Jerarquía siempre abierta» debía ser, pero ¿cómo se renueva una jerarquía? Esa apertura era ella, estaba en ella, captadora y aglutinadora de artistas, como alguna vez se sintió Mussolini, «artista de la decisión».

El lector que haya llegado hasta aquí sabrá perdonar las torpes e inconexas formas que ha adoptado este ruego: devore el libro en confianza. Al final encontrará, vivos en ella, la recompensa del misterio y la curiosidad.

HUGHES

ADVERTENCIA AL LECTOR

Margherita Sarfatti: judía veneciana de alto vuelo y sensual belleza; aristócrata de antigua estirpe; mujer embebida de tradición y desbordante de modernidad; refinada intelectual de amplios conocimientos; escritora, amante de pintura y de pintores futuristas, vanguardistas y clasicistas; impulsora del movimiento artístico conocido como *Novecento Italiano*; casada con un ilustre abogado, también judío y veneciano («Adoro las pasiones, pero respeto el matrimonio», decía de sí misma); madre de tres hijos, uno de ellos caído a los diecisiete años en el campo de batalla; reina y primera amante en el ingente harén de Benito Mussolini; inmune a la enfermedad de los celos; militante socialista en su juventud; inspiradora ideológica del fascismo en su fase inaugural; exiliada por el fascismo en su fase final.

Lo tenía todo semejante mujer para incitarme a abordar su vida y también, aunque de refilón, la de su ilustre amante. Mi propósito era muy claro: no escribir una biografía al uso (sólo existe una, por cierto, de Margherita Sarfatti en español),* pero tampoco una de esas novelas históricas en las que nunca se sabe qué es verdad y qué ficción. Quería escribir algo distinto: una «biografía novelada» (o una «novela documentada», como Antonio

* La del argentino Daniel Gutman, *El amor judío de Mussolini. Margherita Sarfatti, del fascismo al exilio*, muy centrada en los años vividos en Argentina.

Scurati califica la magna obra que está escribiendo sobre Mussolini).

Es decir, una obra plenamente fiel a la realidad y sus documentos (con sus notas bibliográficas, pero agrupadas al final para que no molesten); una obra estructurada en torno a declaraciones, acciones y hechos estrictamente indubitables, pero cuya realidad misma propicia —exige, casi— ser completada o ilustrada con incursiones efectuadas en el campo de la imaginación.

¿Cuántas? Creía al principio que tales incursiones podrían ser relativamente abundantes. Sin embargo, es tan fantástica la vida de Margherita Sarfatti —no sólo la suya: la de todo aquel gran y trágico periodo histórico— que he sentido pocas veces la necesidad de adentrarme en lo que se limita a algunos diálogos o monólogos que, aun inspirándose en la realidad histórica, no se hallan acreditados por ella. Por este motivo, y como es lógico, no se indica en tales casos referencia alguna, a diferencia de lo que ocurre con los hechos, declaraciones, cartas... que cuentan con el marchamo estricto de lo real.

Básicamente sólo existen dos regímenes políticos: uno, donde el más rico se convierte en el más fuerte; y otro, donde el más fuerte se convierte en el más rico. El primero se llama «conservador», es decir, el lobo bien alimentado; el segundo se llama «revolucionario», es decir, el lobo hambriento.

MARGHERITA SARFATTI

I
DE VENECIA A MILÁN

1.

«Sí, Rachele, dile que entre»

—Benito Mussolini (marzo de 1921)

No se había matado de puro milagro. Fue un prodigio que sólo sufriera un leve traumatismo craneal y una fuerte contusión en la rodilla izquierda cuando se desplomó desde unos cuarenta metros la avioneta con la que, junto con un monitor, hacía prácticas para aprender a pilotar. Y, sin embargo, el alumno aviador no había cometido ningún error, ninguna impericia. Fue el Destino el que se empeñó en que una piña se introdujese en el tubo de refrigeración del aparato. Pero los Hados fueron clementes e impidieron que la muerte modificara el curso de la Historia.

Y ahora, en este mes de marzo de 1921, el César que un año y medio más tarde marchará sobre Roma, se halla prostrado como un pequeño burgués cualquiera en la cama de su casa. Tiene la cabeza aparatosamente vendada y se le ha formado un coágulo en la rodilla, en la misma pierna y la misma rodilla que en 1917 resultaron heridas por la explosión de un mortero austriaco. Le duele la rodilla y le molesta el vendaje en la cabeza, mientras se dice que es realmente estrecho este piso, tan incómodo, tan lleno de ruidos y de los olores que llegan de la cocina en la que se afana Rachele, esa campesina con la que ha construido lo que pocos años después él mismo presentará como el gran pilar —la familia— sobre el que se asienta la Patria. Los niños —Edda, Vittorio y Bruno— juegan, se pelean y chillan. Gritan casi

tanto como los militantes que vienen a menudo a cantar *Giovinezza* bajo su ventana.

Benito Mussolini ya lleva así siete días. Toda una semana postrado en la cama, él que nunca para en casa, él que siempre anda en viajes y reuniones, él que siempre trabaja hasta altas horas de la madrugada en la redacción de *Il Popolo d'Italia*, el periódico que ha fundado al romper con los socialistas y abandonar la dirección del *Avanti!* Rachele, ella al menos, está contenta. Dichosa de tenerlo por una vez bajo control, impedido de dedicarse a su constante ir y venir, Dios sabe dónde y con quién. Durante todos aquellos días han ido llegando pelmazos que le traen infinitos mensajes de ánimo y felicitación. Pero la visita que Rachele le anuncia ahora es distinta. «Sí, que entre», musita el convaliente mientras el rostro de Rachele pasa de la palidez del asombro al rojo de la ira.

Y entonces entra. Ahí, en ese mismo dormitorio en el que nunca había puesto los pies ni los volvería a poner jamás. Ahí, precedida por su esposa, entra su colaboradora más cercana en *Il Popolo d'Italia*, esa aristócrata veneciana de la que todo Milán murmura lo que nadie ignora. Es manifiesto: la mujer no ha podido esperar más. Angustiada e imprudente, ha roto todas las precauciones y comedimientos. Le ha sido imposible no ir a verlo. Pero ha conseguido borrar la angustia que le afeaba su hermoso rostro: está espléndida y elegante como siempre. Su mera presencia ya es como un rayo de luz que rasga la atmósfera macilenta de aquella casa. Pero la luz que la envuelve a ella se hace aquel día comedida, discreta: tanto como el traje sastre de un gris marengo que ha escogido para la ocasión. Al aviador postrado en la cama le habla de usted y mantiene todas las distancias que se imponen. Ha traído unos regalos para los niños. «Muy amable,

muchas gracias», le dice Rachele al tiempo que la asesina con la mirada y se retira para llevar los regalos a los niños.

Cuando se quedan solos, él trata de incorporarse en la cama que comparte —cuando la comparte— con su mujer. Parece como si hasta la rodilla ya le doliera menos ahora que le guiña un ojo y extiende los brazos hacia ella como diciéndole: «Ya ves, ya ves... Ésta es mi vida. Ésta es mi casa». Aquella casa, viendo la cual, la elegante dama tiene que esforzarse por disimular un sentimiento de disgusto que asoma en la comisura de sus labios. No, una cosa es defender la gallardía del pueblo trabajador —lleva años haciéndolo— y otra cosa es toparse de frente con el día a día del pueblo trabajador (en fin, con el de uno de sus adalides). Otra cosa es encontrarse con sus pisos envueltos en ese olor a nabos y a col hervidos, o con esa decoración burda y cursi que hace que se estremezca el gusto exquisito de uno de los personajes más cultos y refinados de la Italia del Novecento. Pero ella es mujer de mundo y sabe comportarse: no deja traslucir nada. Se limita a hablarle de política europea y de las últimas tensiones que se han producido en el partido con los escuadristas (ya resueltas, por ahora).

Y así hasta que, al cabo de un rato —poco, ni siquiera media hora—, se levanta, esboza una leve sonrisa, se despide cortésmente de Rachele, les da un beso a los niños y desaparece dejando un leve reguero de perfume a jazmín, almizcle y benjuí. Aquel mismo perfume que él ha olido tantas veces al estremezarse entre la carne tibia de Margherita Sarfatti, esposa de Cesare Sarfatti, abogado veneciano de origen judío como ella. Ella: la gran amante (¿el gran amor quizás?) del futuro Duce de Italia, al tiempo que la musa, la inspiradora de tantas ideas del fascismo. Del primero: del que irrumpió con aquel esperanzado, esplendoroso arranque que fue el suyo.

2.

«Benito Mussolini: fíjate en este nombre»

—Cesare Sarfatti (julio de 1912)

Nueve años antes de aquel encuentro en el dormitorio de un piso que olía a nabos y a col, Margherita Sarfatti había oído por primera vez, y donde menos se lo habría podido esperar, el nombre de quien marcaría a fuego su vida. Y la de tantos.

El 13 de julio de 1912 acababa de concluir el congreso del Partido Socialista celebrado en Reggio Emilia y en el que tantas cosas habían ocurrido. Margherita se había lastimado hacía poco una rodilla (se cayó andando por la montaña, y pese a las operaciones efectuadas por las mayores celebridades, le quedará toda su vida una leve cojera). Ello le ha obligado a quedarse en su casa del Laco di Como mientras Cesare, su marido, aquel abogado que, como ella misma, es un destacado miembro del partido, acude al congreso. Al finalizar éste, le falta tiempo para enviarle a su mujer una nota desbordante de entusiasmo: «Benito Mussolini. Fíjate en este nombre. Este muchacho va a ser, sin duda, el próximo hombre».*

Y el tuyo, se le olvidó añadir. Pero fijarse, vaya si se fijó.

* Tanto para esta cita como para el resto del capítulo, M. Sarfatti, «Mussolini: cómo lo conocí», en *Crítica*, Buenos Aires, catorce artículos del 18 de junio al 3 de julio de 1945, I.

A partir de ahora, todas las notas con referencias bibliográficas van numeradas y agrupadas al final del libro.

Con aquellas palabras que serían proféticas, Cesare Sarfatti se refería a quien todavía era un oscuro y joven delegado de la sección provincial de Forlì cuya intervención había causado extraordinario revuelo. Delgado, de tez pálida y aspecto sombrío, con sus vestidos desgastados (corbata y chaqueta negras, como de luto) y su mirada enloquecida, aquel joven de veintinueve años casi recién cumplidos se había asomado a la tribuna desde la que lanzó frases rotundas e hipertrofiadas, palabras que incitaban a acciones contundentes y decisivas, todo ello envuelto en un lenguaje que nadie hasta entonces había oído. Pero que muchos iban a partir de entonces a oír.

Quien también lo oyó, escasos meses después de aquella nota enviada por su marido, fue Margherita Sarfatti. A sus oídos resonó por primera vez, en diciembre del mismo año, la voz poderosa, cálida y viril del nuevo director del *Avanti!*, el periódico del partido cuya dirección acababa de asumir aquel joven delegado de Forlì que, poco a poco, iba avanzando posiciones hasta acabar convertido en el próximo hombre del partido. Del partido, sí; aunque no exactamente del mismo.

Envuelta en su elegante abrigo de piel de zorro —desentona un poco en medio de los mugrientos pasillos del *Avanti!*—, Margherita se dirige al despacho del nuevo director dispuesta a cumplir con el ritual según el cual, cuando se produce un cambio en la dirección del periódico, los colaboradores del antiguo director hacen el paripé de ofrecerle al nuevo su dimisión. Además, Margherita también quiere hacerlo por una cuestión de elegancia: por si acaso «me consideraba demasiado comprometida con la fracción reformista del partido».

Ha elegido para la circunstancia un vestido verde como